



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XX

Centro América, Octubre de 1965.

Número 209

LA VISITA DEL PAPA PAULO VI A LA SEDE DE LAS "NACIONES UNIDAS"

Índice.

El Papa Paulo VI ha visitado la sede neoyorquina de la organización mundial llamada "Naciones Unidas" el pasado día 4 de Octubre. Fué extraordinario el gentío que en esa ocasión acudió al aeropuerto internacional John F. Kennedy, el que se agolpó a su paso por el largo recorrido que une Long Island con Manhattan, le esperó a la entrada de los jardines de la ONU y le vitoreó con entusiasmo. Jamás, con ocasión de la visita de los más encumbrados personajes, presencié la famosa Metrópoli del mundo de los negocios una manifestación más popular, ni de más delirante entusiasmo; y las precauciones de la Policía, su vigilancia en balcones y azoteas resultó impotente para controlar a esos millones de personas, venidos muchos de ellos de lugares bien distantes y mezclados sin distinción de credos religiosos a los católicos de la urbe, suficientes ellos solos para inundar calles y avenidas hasta los topes. Otro tanto podemos decir de la misa pontifical que celebró Paulo VI en el "Yankee Stadium", aunque allí el silencio y el orden fué mayor y se impuso a las manifestaciones del entusiasmo callejero. En otra parte de la revista encontrarán nuestros lectores un resumen más pormenorizado de estas memorables jornadas.

Aquí nos limitaremos tan sólo a subrayar el elemento de mayor significación que ha tenido esta visita. Ni la recepción popular, ni la más oficial de los miembros de la ONU,

ni el mismo discurso del Papa, con serlo mucho, fué lo que tuvo mayor significación en este evento. Lo que tuvo mayor importancia —a nuestro juicio— fué el que esta visita supuso el reconocimiento mundial de la necesidad de contar con la Iglesia Católica para poner orden en el mundo.

La Iglesia Católica no cuenta con aparato bélico, como subrayó irónicamente Stalin en cierta ocasión, la Iglesia no entra ni puede entrar en los contubernios políticos abiertos ni secretos con los que las naciones representadas en la ONU se esfuerzan por dominar y subyugar a la Humanidad. La Iglesia no busca medros de carácter material ni para ella ni para ninguno de sus jerarcas. De aquí que la invitación hecha en su nombre por el Secretario de las Naciones Unidas, U. Thant, es un implícito reconocimiento de que, fuera de esos medios a su disposición para poner orden en una humanidad destrozada, existen otros valores con los que hay que contar y que sólo los posee la Iglesia Católica. El mundo libre necesita del respaldo moral, del apoyo inapreciable que se contiene en la doctrina espiritualista de la Iglesia.

No ha habido institución alguna que se pueda comparar a la Iglesia en su desinteresada labor en pro de la paz del mundo. Basta recorrer la serie de llamados que se contienen en los radiomensajes navideños del Papa Pío XII, que por lo demás no hacen si-

no repetir como un eco la doctrina sostenida constantemente por sus predecesores, como Benedicto XV, que fué contemporáneo de la llamada I Guerra Mundial (1914-1918), y Pío XI, que murió pocos días después de haber estallado la II Guerra Mundial, abrumado por el dolor de haber resultado infructuosos sus esfuerzos por impedir aquel estallido sangriento.

Los bandos beligerantes encontraron siempre en el Vaticano un remanso desapasionado, donde, gracias a los servicios de los Nuncios, se informaba a todos de la suerte de sus familiares prisioneros o desaparecidos, y desde donde se insistía constantemente en la suavización de los procedimientos brutales, propios de todo conflicto armado. Con ocasión de las calumnias propaladas contra Pío XII, (al que con toda justicia, se le ha llamado el Papa de la Paz), conoció el mundo la enorme labor que allí se llevó a cabo bajo la dirección personal del Papa, el cual llegó a arriesgar hasta su misma existencia personal en su noble empeño de defender a todos, pero especialmente a los judíos.

Nada tiene de extraño el que el notable político peruano, Dr. Víctor Andrés Belaunde, que presidió un tiempo la Asamblea de la ONU y encabeza en la actualidad la Delegación de su país en dicho organismo, declarara con ocasión de la visita de Paulo VI a Nueva York:

“Los teólogos de Roma de nacionalidad hispánica hace ya muchos siglos que crearon el Derecho Internacional”. “Y fué un Pontífice hijo del pueblo con la simplicidad de su alma campesina iluminada por las más altas inspiraciones del espíritu, quien lanzó al mundo su llamado de paz en su encíclica “*Pacem in terris*”, dirigida no solamente a los creyentes sino a todos los hombres de buena voluntad, sin distinción de raza, nacionalidad o religión”.

Y en estos momentos, cuando en este final de 1965 se aglomeran los nubarrones sombríos de los odios internacionales y hay guerras declaradas en tres o cuatro naciones del globo, con peligro de extenderse la conflagración a un plan mundial, es cuando la ONU, arrepentida sin duda del olvido con el que desde su constitución pretendió ignorar la existencia de este Superestado de orden espiritual, acude al Papa Paulo VI y le invita a presidir una sesión especial de dicho organismo.

Paulo VI, de quien se ha dicho que es la síntesis más completa de Juan XXIII y

Pío XII, tiene un corazón abierto y sensible al mundo moderno y sus problemas; vibra con sus conquistas técnicas; y no vacila en viajar a cualquiera parte del mundo donde su presencia pueda contribuir a derribar diferencias raciales, prejuicios religiosos, odios nacionales. Jordania, Israel y la India son otras tantas bellas aventuras de su gran espíritu creador, abierto al diálogo con todos los pueblos del mundo.

Recordemos aquí las palabras que escribió para la Misión Pontificia que acudió a una “Convocación Religiosa para la Paz en el mundo” tenida en San Francisco de California el 27 de junio pasado, para conmemorar allí el vigésimo aniversario de la Carta de las Naciones Unidas:

“Considero muy justo y conveniente el incluir en las ceremonias conmemorativas esa convocación religiosa. Porque si, en efecto, se excluyera la noción de la paternidad universal de Dios, ¿qué valor podría tener el principio de la dignidad del hombre, creado por Dios?; ¿qué valor tendría el principio de la solidaridad internacional, sobre el que reposa toda la estructura de las Naciones Unidas?”.

“La fe religiosa es la que fomenta en las almas de los creyentes este lazo de amor, que —como lo decía Nuestro predecesor Pío XII— “es la que une a los pueblos, como hijos de un mismo Padre celestial, en una común fraternidad, rescatados por el mismo Salvador del mundo y caminando hacia un mismo destino. Toda esperanza de un mundo mejor y de una paz duradera es vano si no se enraiza firmemente en esta verdad fundamental de la religión” (Pío XII, “*Discorsi e Radiomessaggi*”, VII, p. 213).

“Si los hombres son hijos de un mismo Padre, y si las naciones forman parte de la única gran familia humana, todos tienen el grave deber de promover, buscar, defender y proclamar la paz. Nuestro predecesor Juan XXIII, que reconocía en la existencia y actividad de la Organización de las Naciones Unidas un “signo de los tiempos”, en su encíclica “*Pacem in terris*” expresaba su deseo de que las Naciones Unidas, por sus estructuras y con los medios a su alcance, fueran una salvaguardia segura de los derechos humanos y un instrumento eficaz para la paz y la concordia entre las naciones”.

Quiera Dios que los hombres, alejados de Dios, se decidan a volverse a El para bien del mundo.